GFS-190-C

La aventura de "Fidelio"
(mecanografiado)

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

L A A V E N T U R A D E " F I D E L I O "

Proyecto de guión cinematográfico basado en el "hecho histórico español" en que se inspiró el argumento de la famosa ópera FIDELIO de LUIS VAN BEETHOVEN

= = = = =

FUNDACION JUAN MARCH
FERNANDEZ-SHAW
ARCHIVO

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Ante una gran sala de conciertos llena de público una gran orquesta interpreta la "obertura" de LEONORA de Beethoven, dirigida por un eminente Director. La concurrencia, muy distinguida, sigue atentamente la música. Uno de los caballeros, sentado en una butaca, lee el programa donde se leen el nombre de la página orquestal y el de su autor. En otra hoja del programa figuran unos datos con la historia de la célebre "obertura". Una señora, en otra butaca, los lee también. Cuando la interpretación del famoso preludio termina, todo el público complacido aplaude a la orquesta y a su Director. Este obliga a los profesores a ponerse de pie. Han dado la luz a la sala y la gente comenta. Una señorita pregunta al caballero antes citado: -"¿Y es ésta la obra teatral más conocida de Beethoven?" -"¡Es la única!", replica el caballero.- Pero, si usted quiere conocer su historia, le cautivará, porque es interesante". Y el señor comienza su relato: -"Era en los comienzos del siglo XIX; hacia el año 1804, si no recuerdo mal. Tenía entonces Luis van Beethoven unos treinta y cinco años...."

Desde este momento todo lo que vá sucediendo en la pantalla es el relato del caballero actual, aficionado a los conciertos. Beethoven vive en Viena y ocupa un cuarto modesto, donde tiene su piano y sus libros. Un día toma en sus manos el ejemplar manuscrito de una obra que tiene sobre el atril del piano. Comienza a leerlo y, desde el primer momento, el libro llama su atención. Mira su cubierta y lee lo siguiente: "LEONORE ou L´AMOUR CONJUGAL", fait historique espagnol. Pour JEAN NICHOLAS BOUILLY". Se queda el músico un momento pensativo; toma una pluma de ave y escribe una carta a su amigo el Profesor José Somneleithner, en Berlín. Luego, otra vez el libro en el atril, Beethoven improvisa melodías al piano, impresionado por lo que está leyendo.

Han pasado unos días. Beethoven habla ahora con Somneleithner, que ha acudido a su llamada, y le encarga la traducción al alemán,- y al mismo tiempo la versión lírica,- de la obra francesa de Bouilly. Encuentra que hay en ella varios elementos esenciales: un acusado ambiente español, una época todavía reciente,- puesto que se refiere al siglo XVIII,- y, sobre todo, un fuerte interés dramático. El escritor alemán se dispone a servir el encargo de su amigo el gran compositor de las SONATAS. Pero éste le advierte que, antes de llegar a la acción de lo que ha de ser propiamente la obra, debe

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

tener en cuenta lo que fueron,- o pudieron ser,- los antecedentes de esa acción. Hay varias versiones; pero la más atrayente es aquella que sitúa el "hecho histórico español" producido y desarrollado principalmente entre españoles y en el suelo de España. Ha de tener en cuenta el escritor alemán las pasiones y reacciones de la política española durante el reinado de Fernando VI y, especialmente, de su hermano el Rey Carlos III....

En este instante comienza, en realidad, la película. Nos hallamos en una calle de Madrid ante una casa señorial. Se detiene un coche y descienden de él unos agentes de Policía. La puerta se abre, y un Portero dice que allí no se puede entrar por la noche por ser la residencia de un Ministro de Su Majestad. Por la discusión que se entabla se viene a saber que se trata nada menos que del señor Marqués de la Ensenada, Ministro de Hacienda y poderoso gobernante hasta aquel momento. Como los Policías vienen con urgencia y muestran un documento judicial, suben al fín las escaleras de la señorial residencia.

Vemos ahora cómo en la alcoba, no lujosa, donde duerme el Marqués de la Ensenada irrumpen los Agentes de la Autoridad, no sin las protestas de un viejo criado que intenta oponerse a que su señor sea importunado. Pero el señor, naturalmente, se despierta. Es el Marqués de la Ensenada un caballero todavía fuerte, de unos cincuenta y dos años. Al principio protesta también: -"Que en pleno año 1754, con los adelantos políticos y sociales que ha alcanzado el mundo,-dice,- se pueda despertar y asaltar el domicilio de un ciudadano honrado, es inadmisible". Pero cuando el Agente le dice: -"Señor Ministro: es que traigo para Vuecencia la adjunta orden", el Marqués se recupera y lee,- con creciente agitación,- el documento. Podemos ver perfectamente lo que éste dice, sostenido en las manos del Marqués: "Exmo Señor: el Rey ha resuelto exhonerar a V.E. de los empleos y encargos que tenía puestos a su cuidado y manda que V.E. pase luego a la ciudad de Granada, endonde deberá mantenerse hasta nueva orden de S.M."

La actitud del Marqués de la Ensenada cambia en cuanto lee la orden.-"Estoy,- exclama,- a la disposición de ustedes. Es orden de mi Señor y Rey, y a mí sólo me corresponde dar cumplimiento a sus deseos. Me permitirán ustedes que me vista y ponga en traje de camino..." El Agente de Policía accede

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

a ello, y el depuesto Ministro pasa a vestirse a un cuarto contiguo, donde lo primero que hace, en cuanto se ve solo, es sacar de su cartera unos papeles y escribir en ellos con lápiz rápidamente. En seguida comienza a arreglarse. Fuera, los Agentes de la Policía se impacientan. El criado entra a decir a su señor que se dé prisa, de parte de los Agentes. Entonces Don Zenón de Somodevilla entrega a su servidor el papel en que acaba de escribir y le dá el encargo de que se ponga inmediatamente en camino y lleve sus renglones a su íntimo amigo el señor Marqués del Guadalquivir. -"Habiendo sido yo desterrado,- dice,- corre él peligro de ser detenido por el solo pecado de ser amigo mío. Debes entregarle ese papel en persona. Después vete a Granada y búscame, porque me temo cualquier cosa". -"¿Pensais que os puedan encarcelar?" -"No sé; ahora, en Europa entera, se han puesto muy de moda las mazmorras". Y, con un gesto de resignación, dá un cariñoso golpe con la mano en el hombro de su fiel servidor.

En la calle vemos al Marqués de la Ensenada subiendo con los Agentes en el coche, que parte inmediatamente, al trote de sus caballos, por las calles oscuras o, mejor dicho, medio iluminadas por la luz débil de los reverberos.

Cambio brusco de lugar de acción. Nos hallamos en un salón señorial, espléndidamente iluminado. El salón pertenece al Palacio de los Marqueses de Gudalquivir, en Sevilla. Los Marqueses obsequian con una fiesta a la Sociedad sevillana. La fiesta se halla en todo su apogeo, y hay una señorita que canta al piano piezas de ópera italiana. Tanto Don Florestán de Montefloridо como su jóven y bella esposa Doña Leonor de Mendoza atienden a sus invitados. Se les advierte contrariados por la ausencia de algunas familias significadas: son íntimas amigas del Corregidor de Sevilla; y como Don Juan de Sandoval, el Corregidor, es enemigo mortal, por cuestiones políticas, de los Montefloridо, se han abstenido de acudir a la fiesta para no caer en desgracia con el Corregidor.

Puede observarse bien claramante el inmenso cariño que Doña Leonor profesa a su esposo: por verle contento ha organizado ella esta fiesta de la que es constante animadora. Después de la parte cantada hay unos minutos de baile: una pavana al estilo de las de la Corte de Felipe V. Damas y caballeros trenzan la ceremoniosa danza. Durante ella entra por uno de los salones el

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

viejo servidor del Marqués de la Ensenada, pretendiendo ver a Don Florestán. No le encuentra al principio; pero sí a Doña Leonor, a quien confiesa que trae un recado reservado de su señor. Esto ya intranquiliza a la dama, quien avisa a su marido de la presencia del fiel criado. Acude Monteflorido y tiene, en una habitación apartada, una conversación con el mensajero. Este le hace entrega de los renglones de su amo, que Florestán lee rápidamente. Los renglones dicen así: "Florestán: [redacted] ocúltate en cuanto puedas. Me detienen y me llevan no sé adónde. Te detendrán a ti también. Escóndete...¡y Dios nos ampare!" Don Floestán, dueño de sí mismo, sonríe. -"¿Tú sabes lo que Don Zenón me dice?" pregunta al criado. Este responde con el gesto afirmativamente. Y Florestán continúa: -"Pues yo no puedo ni debo ocultarme. No he hecho mal a nadie. En Sevilla todo el mundo me quiere". -"Pero, la política..." insinúa el servidor. -"La política es artera, pero no criminal. A mí no me pueden acusar de nada reprobable." -"Pues, ¿y a mi [redacted] señor, que tanto se ha sacrificado por todos...?" En el noble rostro del servidor del Marqués de la Ensenada apunta la más sincera indignación. Pero a la habitación donde ambos se encuentran acude inquieta Doña Leonor. Ella ha comprendido que pasa algo y viene a enterarse de lo que ocurre. Don Florestán, que ha guardado en un bolsillo de su casaca de gala el papel del Marqués, finge ante ella una grata noticia. Dice a su esposa que, precisamente, el criado de Ensenada le ha traído excelentes noticias de las negociaciones con Inglaterra, que tanto interesan a sus negocios. El pobre criado se halla en apurado trance para fingir todas esas alegrías, y no ve el momento de marcharse; cosa que logra al fín. Al quedarse solos los esposos, rompe a llorar Doña Leonor. A pesar de todas sus energías, no ha podido reprimir el temor que la invadió al pensar que a su marido,- al que adora,- pudiese acurrirle alguna desgracia. Florestán la tranquiliza y le prodiga sus caricias; y ambos vuelven a los salones, donde se organiza un nuevo baile "muy siglo XVIII" pródigo en figuras, en galantes evoluciones y en ceremoniosas reverencias.

La fiesta toca a su fín. Los invitados desfilan...Los criados comienzan a apagar luces, y el matrimonio se retira a su dormitorio. Se ve a Doña Leonor, arrodillada en su reclinatorio, orando. Desde la calle llegan los ecos de alegres canciones y de rasgueos de guitarras. Doña Leonor abre el gran

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

balcón de la alcoba y contempla desde él, a la luz de la luna, el incomparable panorama de la ciudad dormida. Don Florestán, ya acostado, intenta conciliar el sueño. Su esposa vuelve al reclinatorio.

De pronto, por el balcón, abierto, penetran tres enmascarados. Uno se lanza sobre Doña Leonor, cuyo grito ahoga con un pañuelo que utiliza de mordaza. Los otros dos asaltantes prenden a Florestán, acostado e inerme; y, además de amordazarle, le obligan a ponerse un pantalón y un calzado, maniatándole luego, a pesar de los desesperados esfuerzos del noble aristócrata. A empujones le sacan de la habitación.

Tienen una inmensa emoción las miradas de angustia y de cariño que se cruzan entre los dos esposos en el momento que los separan. Ella, en un supremo arranque, intenta gritar y seguir a los malhechores; pero un golpe en la cabeza la arroja por tierra sin sentido. Los asaltantes, en el silencio de la noche, bajan las grandes escaleras del Palacio, luchando siempre con Florestán, que no se dá por vencido. En la calle, un carruaje se aleja. En su interior vá Florestán desmayado. Sus aprehensores le miran y sonríen. Uno de ellos comenta: -"No se podrá quejar Sandoval. ¡Ya está complacido!" Por una carretera se ve cómo se aleja el carruaje hasta que no puede apreciarse de él más que un punto.

En Palacio, en tanto, todo es tranquilidad. Un reloj de péndulo, de caja alta, marca las nueve. Al pie del reloj permanece, caído en el suelo, el cuerpo de Doña Leonor. Su cara se contrae con una mueca de dolor; y de su boca desciende un leve hilito de sangre. Por uno de los salones viene, alegre y canturreando, una vieja criada de la casa:

"Si eres, niña, sevillana,
no dejes de parecerlo:
pon en tu boca una risa
¡y unas flores en el pelo!"

Pero la servidora no termina su copla. Un grito de espanto se ahoga en su garganta: acaba de ver a su señora. Se arrodilla junto a ella, palpa su cara, la acaricia, ¡chilla!: "¡Ay, mi señora! ¡Que me la han matao!" Vá acudiendo toda la servidumbre, asustada. Rocían los criados con agua fresca el rostro de Doña Leonor. Un servidor dice: -"¡Avisemos al señor!" Y sale con otros criados en busca de Florestán. Pero, al entrar en el dormitorio, ven con asombro que la estancia está vacía y con muestras evidentes de desorden.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Rostros de estupor. Tornan los criados al grupo de sus compañeros. La señora vá volviendo en sí poco a poco y sonríe, mientras que los criados, en voz baja, ván transmitiendo a todos lo que ocurre. Un supersticioso temor se vá comunicando a los servidores...y hay uno que sale disparado en demanda de la Justicia.

Ya sentada en un sillón, Doña Leonor vá reconstituyendo los hechos: -"Yo estaba rezando; la noche era hermosa; la calle se llenaba de canciones...De pronto, entraron unos hombres tapados y me golpearon..." En este momento Doña Leonor recuerda que le arrebataron a su esposo: -"¡Florestán! ¡Florestán!" grita. Y enseguida apremia: -"¡El señor! ¿Dónde está el señor? ¡Que venga el señor!" Y nuevamente, sentada en el sillón, se desmaya la bella dama.

Vemos ahora rápidamente otros lugares de acción; grupos en la puerta de la casa señorial; amigos de los Monteflorido que llegan a enterarse de lo ocurrido y se interesan por la salud de ella...A todos recibe la vieja criada, diciendo que su señora está mejor.

Efectivamente, Doña Leonor, en su cama, parece haber recobrado el dominio de sí misma. Habla con una íntima amiga,- de las que acudieron a la fiesta,- y le anticipa que ella no puede resignarse a que la desaparición de su esposo no se esclarezca. Se lamenta de no haber tenido el menor testimonio de adhesión del Corregidor: -"Sandoval fué siempre buen amigo, y nada tiene que ver la política..." Al decir ésto, Leonor se acuerda de la visita,-en la noche de la fiesta,- del criado de Ensenada. Como obedeciendo a una corazonada, pide a su amiga que le busque el traje de gala que Florestán vestía aquella noche. La amiga lo encuentra en un armario y se lo lleva. Busca Leonor afanosamente y, en un bolsillo de la casaca, encuentra el papel con los renglones del Marqués: aquéllos que comenzaban: "Florestán, ocúltate rápidamente, me detienen..." Ya está todo explicado: Florestán ha sido secuestrado por los mismos Agentes del Gobierno que desterraron a Ensenada; por otros individuos, claro está, pero obedeciendo las mismas órdenes. Por eso el Corregidor no se ha mostrado amable con Leonor, ni persigue a los delincuentes... ¡Como que éstos eran precisamente esbirros suyos!

A la indignación de la noble dama sevillana sucede una amarga desolación. ¿Adónde irá ella, desamparada de la autoridad? ¿Cómo podrá luchar contra una persecución de este género? ¿Y no estará ella misma en peligro de ser víc-

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

tima de la misma persecución? La amiga la consuela y procura tranquilizarla.

Cambio de decoración. El despacho del Corregidor Sandoval. Este es hombre de facciones duras y gesto airado. Está escribiendo en su mesa. Entra en el despacho un Agente y, con gran respeto, le dice: -"Sus órdenes fueron cumplidas implacablemente." Sandoval levanta la cabeza, sonríe sarcástico y aprueba: -"¡Implacablemente! Puede retirarse."

En el interior del Palacio de los Monteflorido Leonor se ha transfigurado. Está ahora sola con su vieja criada. Vuelve a ser la mujer de gran resolución y de iniciativas que vimos en la fiesta. La servidora, con lágrimas en los ojos, intenta disuadirla de sus propósitos. Ella ha mandado llamar a "Trapillo", un antiguo lacayo de su casa, que es ahora uno de los más populares ropavejeros de Sevilla: un pícaro redomado, gracioso y servicial, que sabe y entiende de todo. A la vieja criada le asusta que su señora,- ¡que bastante desgracia [redacted] tiene encima!,- se ponga ahora en relación [redacted] con toda esa chusma de la mala vida sevillana. Pero Leonor la calma: sólo quiere las indagaciones y los consejos de "Trapillo". Se presenta, en efecto, éste. Es un hombre, todavía de buena edad, dicharachero y simpático, que en seguida comprende lo que desea la señora. -"¡No se hable más!", exclama. -"La señora lo que quiere es saber adonde han "yevao" ar "señó". Pues éso es más difícil que guisar con arena." Lo único que sabe Pepe Luis,- que es el nombre de "Trapillo",- es que se llevaron a Don Florestán por la carretera de Jerez y que, en un ventorro que llaman del Aceitero, se pararon a tomar unas cañas. Pero luego se perdió la pista de los secuestradores. El indagará con su gente y mañana mismo volverá a dar cuenta a la señora de todo lo que sepa. Leonor le entrega unas monedas a cuenta de sus servicios y Pepe Luis se retira satisfecho.

Cambia immediatamente el lugar de [redacted] la escena, pero no los interlocutores. Se supone que, al día siguiente, "Trapillo" está refiriendo a su señora el resultado de sus pesquisas. -"¡No está encarcelao! Está en poder de unos gitanos, que se lo llevan al Africa de los moros." -"Si éso es verdad,-dice ella,- hay esperanzas de que se salve." -"¡Eso mesmo digo yo!" -"Sobre todo,- agrega enérgica Leonor,- si hay quien se [redacted] encarga de ayudarme a rescatarle!" -"¡Ole! ¡Y viva la gracia de las hembras de calidad!"

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Leonor no puede reprimir la alegría que le dá la nueva esperanza que en ella alienta. Se queda mirando fijamente a "Trapillo" y le pregunta: -"¿No eres tú ropavejero, Pepe Luis? Pues no quiero ninguna ropa vieja tuya; pero me vas a buscar el traje de majo más típico que encuentres. ¡Voy a convertirme en hombre!" -"¡Ole!" -"Y, además, tú vás a acompañarme en todo." Cara de susto de "Trapillo", que se vá cambiando en pícara según vá sacando Leonor de una gaveta nuevas monedas relucientes.

Otro rápido cambio de escena. Ahora el lugar de acción es el mismo de antes; pero Leonor aparece vestida de majo entre las lágrimas y las risas de sus servidores, que la admiran, la compadecen y la jalean. Una de las criaditas jóvenes exclama: -"Con ese "mosito" pinturero me caso yo mañana mismo por delante y por detrás de la Iglesia." Más risas ahogadas, que corta con su autoridad Leonor, diciendo a todos: -"Es preciso que todos me ayudeis; que nadie se entere en Sevilla de que no estoy en mi Palacio; que todo el mundo crea que sigo enferma...y no pueda nadie buscarme por ahí. ¿Me comprendéis?" Por toda contestación suena un "¡óle!" unánime, en el que palpita una honda emoción.

Una carretera de Andalucía. Dos hombres cabalgan en alegres jacas. Uno es, naturalmente, Leonor; el otro, Pepe Luis. Se detienen un momento a refrescar junto a una fuente. -"Y diga la señora,- pregunta "Trapillo",- ¿cómo se vá a llamar la señora por ahí?" -"Me voy a llamar "Fidelio", porque con ello proclamo la fidelidad a mi marido, que me impulsa a correr esta aventura.¿Te dás cuenta ahora?" "Trapillo" se rasca la cabeza. -"Pero "Fidelio" qué. Porque Pepe Luis González es mi nombre y "Trapillo" mi remoquete." -"Pues,¡ya está!,-replica ella;- Fidelio Mendoza será mi nombre ¡y Fidelio también mi apodo!" Con un poco de zumba pregunta entonces él: -¿De manera que Fidelio siempre?" -"¡Siempre!"

Otra vez caminan por la carretera los dos jinetes. Se cruzan con un carro conducido por un hombre. -"¡A la paz de Dios! ¿Usted ha oído algo de una tribu de gitanos por estos alrededores?" -"¡Uy..! Pos claro que he oído... ¡Pa Jerez iban con mucha bulla!" Por toda respuesta, Fidelio espolea a su jaca y emprende el galope, carretera adelante, seguido de lejos por "Trapillo".

Un campamento de gitanos debajo de un puente. Es de noche: en el centro

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

del círculo que forman unos carros se hallan,- sentados y en pie,- hombres, mujeres y niños de la tribu, que presencian alborozados el baile de "Camelia", una bella gitanilla de veinte años escasos. La danza se interrumpe una o dos veces ante la alarma de que dán muestras los reunidos, temerosos de que alguien los sorprenda. Ajeno a todo, en un extremo, un hombre duerme, envuelto en unas mantas. Poco a poco, la animación decae, y los gitanos ván quedando dormidos, mientras que por el ojo del puente aparecen los primeros rayos del sol. Sobre el puente, teniendo como fondo la luz de la aurora, surge la figura de Fidelio, montado en su jaca. El mozo,- o sea, Leonora,- detiene su cabalgadura al contemplar, radiante, el campamento de la tribu nómada. Desciende de la jaca y baja con ella al lecho del río,- seco,- donde están los gitanos. Como todos duermen, Fidelio vá contemplando afanosamente los rostros de los dormidos; cuando llega al hombre que bajo mantas descansa, descubre su cara...y se encuentra con un viejo gitano de grandes patillas blancas. Este le saluda, adulador, y le dice, contestando a sus preguntas, que si el caballero que busca vá en una partida de gitanos, no es en ésta precisamente sino en otra que tomó rumbo a Granada, por ser rama de una familia de vecinos del Sacro Monte.

En lo alto del puente aparece "Trapillo" sin caballo y hecho una lástima. Cuenta que fué sorprendido por unos ladrones, que le dejaron en tal guisa. Pero Fidelio no se amilana, y pide al tío Frasquito,-el viejo gitano,- un buen caballo para su amigo. Como lo pide enseñando una moneda de oro, Frasquito promete darle en unos minutos el corcel más veloz que hayan conocido los siglos. Mientras tanto, el campamento ha ido despertando; Camelia se ha interesado por los relatos de Fidelio y "Trapillo"...y el tío Frasquito se ha ido, con un bote de pintura, a embadurnar de negro a un viejo y sucio caballo que llevaba amarrado a un carro. El caballo es entregado, reluciente, a Fidelio, que no ha visto nada por estar charlando con Camelia. Mientras que el pícaro tío Frasquito pondera a Leonor (Fidelio) las excelencias de su jamelgo, "Trapillo" (a quien se destina el caballo) cuenta y recuenta, ocultándose, las monedas que ha recibido por la venta del otro caballo, de cuya robo hizo tantas desesperadas descripciones.

Caballero y escudero,- después de haber pagado aquél puntualmente,- parten para su nuevo destino. El sol es ahora muy fuerte, y el caballo negro se vá

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

destiñendo. Al volver un recodo del camino, ven los jinetes a Camelia, que viene galopando en otro caballo. Se ha fugado del campamento enamorada de Fidelio y, cuando llega a su lado, le confiesa su amor, queriendo huir con él. Momento de apuro de Fidelio,- que es Leonor,- aguantando los abrazos y besos de la gitanilla y convenciendo luego a la muchacha de que se reintegre a su tribu, hasta que él vuelva a buscarla. Ella le suplica que acepte el caballo jóven que le trae para sustituirlo por el viejo con que le ha engañado el tío Frasquito. Cara de asombro de Leonor al ver el estado deplorable del jamelgo a medio dempintar. Al final de la escena, Fidelio y Trapillo siguen su camino, carretera adelante, y Camelia, tirando del caballo viejo, regresa a su campamento con lágrimas en los ojos.

Varios momentos rápidos del camino. Los viajeros se cruzan con distintos tipos de caminantes. Al borde de la carretera, envueltos en mantas, duermen Fidelio y Trapillo, mientras que los caballos, atados a unos árboles, descansan también. Pero Fidelio, en realidad, no duerme; no puede dormir: piensa Leonor en su esposo...-"¿Endónde estará? ¿Con quién estará? ¿Sufrirá mucho?" Y, como en sueños, vemos el rostro de Florestán,- lacerado ya por el sufrimiento,- que se apoya en un burdo cabezal. De los labios del jóven aristócrata sevillano sólo sale una palabra: "¡Leonor! ¡Mi Leonor!" Volvemos a ver el rostro de Fidelio (Leonor) acostado en la carretera y exclamando con angustia: -"¡Florestán! ¡Mi Florestán!" Pero la luz de un nuevo día se impone y decide a los viajeros a reanudar su caminata.

Desde la carretera se ve a lo lejos la ciudad de Granada: su palacio árabe, sus características construcciones...Fidelio y Trapillo se adentran por el Sacro Monte, en cuyas cuevas preguntan por esa tribu de gitanos tras de la cual vienen. Pero en vano...Vemos a Fidelio saliendo de una de esas cuevas desalentado y, lo que es peor, desorientado. Una gitanilla se le acerca: -"¿Quieres que te diga la buenaventura, mocito garboso que tienes cara de marqués?"

La palabra "marqués", puesta en boca de la gitana, hace a Fidelio (Leonor) recordar que precisamente el gran amigo político y protector de Florestán, -el marqués de la Ensenada,- se halla exilado en Granada. Desde ese momento,-mientras que Fidelio accede a oir la profecía de la gitana,- Trapillo se dedica a buscar la residencia de Ensenada. Se suceden ahora alternadas es-

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

cenas de Trapillo recorriendo los bellos cármenes granadinos y de Fidelio ofreciendo la palma de su mano a la gitana. Esta adivina lo primero que el mozo no es mozo sino moza...y de familia muy principal. En seguida comprende que Leonor es víctima de una gran tragedia, y le dice que el hombre a quien ama sufre mucho y no vá con ninguna tribu, sino que se halla solo en algún lado. ¿Dónde? Hasta ahí no puede adivinar la gitana...con la consiguiente desesperación de Fidelio. Interrumpe la escena Trapillo con la noticia de que ya ha encontrado la residencia del marqués de la Ensenada.

Cármen granadino donde vive el viejo político. Entran Fidelio y su escudero; aquél dice a un viejo servidor que le anuncie como "la marquesa del Guadalquivir". Cara de estupor del criado. Escena de Fidelio (Leonor) con Ensenada refiriéndole en dos palabras lo ocurrido y su situación. El marqués, que la ha reconocido inmediatamente, la consuela y le dice que no desespere, que confíe mucho en la Divina Providencia y que se encomiende principalmente a la Vírgen de Gracia, cuya protección se extiende sobre toda España, y al Santo Cristo de Lezo, tantas veces milagroso. La noble figura de Don Zenón de Somodevilla queda sola en el parque de su residencia mientras que la esposa de su jóven amigo se aleja...para proseguir su peregrinación.

Nuevos caminos en sucesión rápida: entre olivos, entre naranjos: distintas especies de árboles que vayan indicando las diferentes regiones españolas por las que atraviesan Fidelio y su compañero. También varios exteriores de cárceles en las que inutilmente pregunta la desventurada Leonor.

En la plaza del guipuzcoano pueblo de Lezo hay fiesta popular. Grupos de mozas y mozos bailan el típico "aurresku". Forma contraste con la alegría del vecindario la tristeza de Leonor, que ya apenas escucha al leal Trapillo, también cada vez más agotado. Leonor (Fidelio) entra en la Iglesia. Se ve a Leonor en el interior del templo arrodillada delante del altar, mirando fijamente a la imágen del Santo Cristo, rezando y llorando. De pronto, el milagro del Cristo se produce: el Santo Cristo mueve los ojos, levanta su brazo derecho en señal de bendición y mueve los labios para pronunciar dos únicas palabras: -"SANTI PONCE" Como lo que ella ha pedido, con lágrimas, al Cristo es saber el lugar donde se halla su esposo, comprende en

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

el acto la respuesta: "Florestán,- piensa,- se encuentra en el pueblecito sevillano de Santi Ponce! Allí mismo, muy cerca de su propia casa, está el encierro donde sin duda sufre Florestán todas las penas de una prisión!" Llorando también, con lágrimas de tierno agradecimiento, dá las gracias Leonor (Fidelio) al Cristo de Lezo por la revelación hecha. Y su rostro, de inmensa alegría y no menor confianza, ya no encuentra, cuando de nuevo sale a la plaza, aquél contraste tan marcado con la alegría pueblerina, sino que participa en ella dando limosnas y haciendo que corra el vino y se enardezcan los bailes. Momento fuerte de optimismo juvenil.

Por varios caminos vemos a Fidelio galopando en sucesivos caballos. Ya no le acompaña Trapillo: éste vá cómodamente sentado en una Diligencia. Vá a su casa de Sevilla...¡a descansar! No quiere seguir a la velocidad de esa loca de su señora, ¡que parece que lleva un petardo en cada brazo!

Efectivamente, Fidelio sigue corriendo en su caballo. Parece como si el Cristo prestara alas a sus brazos. Le vemos detenerse en algunas Ventas para cambiar su cabalgadura y, a veces para tomar un leve refrigerio sin bajar del caballo....¡Ya ha llegado a Sevilla! Y se dirige directamente a su Palacio. Allí, con rapidez que asombra y asusta a su servidumbre,- que le hace mil preguntas,- cambia su traje de caballero por otro mucho más humilde, de criado. Promete referir a todos sus aventuras a su vuelta, vuelve a rogarles el más absoluto silencio...y se encamina con toda decisión hacia Santa Ponce.

Ya está Leonor (Fidelio) delante de la cárcel de este pueblo, sobre cuya puerta hay un letrero: PRISIÒN. Fidelio entra y se ofrece al TIO ROQUE, el carcelero, como ayudante. "El,- le dice,- no quiere sueldo; él pretende sólo una casa honrada donde poder comer y dormir." El tío Roque ríe: llamar a la cárcel una casa honrada le parece una exageración. Pero como el muchacho, así a simple vista, le resulta simpático y puede serle útil, acepta sus servicios.-"Siempre,- se dice,- será menos holgazán que el simple de Josquín, el portero, que, por no trabajar, es capaz de estarse un día entero sin comer."

En el patio de la prisión la jóven Marcelina, hija del tío Roque, está planchando; y JOAQUIN, su novio,- el portero,- le dice piropos que la hacen reir. Llegan el tío Roque y Fidelio.-"Este mozalbete,- explica el carcelero,- será desde hoy nuestro ayudante." -"¡Qué bien!, exclama Joaquín.- Des-

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

de mañana, ya sé quién hará todos los encargos a Sevilla." MARCELINA, cuando ve a Fidelio, no puede disimular su agrado: le ha gustado el muchacho, a quien hace algunas preguntas; pero Fidelio (Leonor) contesta siempre muy discretamente procurando ganarse la confianza de todos.

Como dán al patio varias de las rejas de las celdas de los presos, Fidelio, instintivamente, intenta mirar hacia el interior; pero el tío Roque le advierte que éso está prohibido, pues los presos no pueden tener comunicación alguna con el exterior. El es el único que les entra la comida. Precisamente ahora,- la hora del Mediodía,- es el momento del rancho. Y el tío Roque, a quien Marcelina trae las ollas y calderos humeantes, vá entrando en cada celda el plato correspondiente con su ración de pan y su vaso de agua. Fidelio, con todo disimulo, pero con una gran angustia, procura mirar por detrás del carcelero a cada preso, no hallando en sus rostros, de todo orden y condición, ninguno que le recuerde el de su marido adorado.

Vemos ahora solos al tío Roque y Fidelio. Por la conversación se advierte que el muchacho lleva allí cerca de un mes de leales servicios y que el carcelero está encantado con él. Es una hermosa mañana. Fidelio, lleno de encargos, se decide a partir para Sevilla...de donde vuelve al mediodía con las alforjas bien cargadas y con una gran cadena cuyo extremo llega hasta la tierra y que, al arrastrar, vá marcando en el polvo del camino una onda raya ondulante.

En el patio de la prisión se reproduce en parte una escena conocida: Joaquín requiebra a la jóven Marcelina, que está planchando. Pero ésta ya no ríe como antes cuando él la cantaba coplas: está inquieta y preocupada porque Fidelio tarda. Cuando éste llega, no puede ella ocultar su gozo. Pronto se ve que Fidelio ha cautivado a todos con su simpatía y con su trabajo. El muchacho comprende que ha despertado en Marcelina un verdadero amor, y se aprovecha de este cariño para pedir a la moza muchas cosas que ella, a su vez, pide a su padre. Por ejemplo: que así como ya permite el tío Roque a Fidelio que entre con él en las celdas que dán al patio, le autorice también para acompañarle en su visita a los calabozos secretos. Al fín, en este día, al hacerle el ruego una vez más Marcelina, accede el tío Roque a que Fidelio vaya con él a estos calabozos.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Fidelio (Leonora) no puede reprimir la emoción que en estos momentos se apodera de su pecho. Le acomete de pronto una intensa alegría. Abraza al tío Roque, abraza a Joaquín, y abraza también a Marcelina, que se sonroja al sentir el abrazo de....Leonor.

Escenas del viejo carcelero y de su jóven ayudante llevando la comida a los prisioneros que ocupan los calabozos secretos. Hay un anciano, encarcelado por ladrón; hay un muchacho casi imberbe, que cometió un crímen...Pero Florestán no aparece. Cuando la visita termina, Fidelio, jugándose la posibilidad de levantar sospechas, pregunta al tío Roque si no hay más presos en la cárcel. Marcelina, que ha acudido al término de la visita, le hace señas, por detrás de su padre, de que hay en efecto un calabozo más ocupado. El tío Roque se ha quedado pensativo; se rasca la cabeza y termina por confesar que hay una celda en la que jamás Fidelio, ni otra cualquiera persona, podrá entrar. Es la celda de un prisionero que trajeron "hace algún tiempo". Fidelio, anhelante, pregunta el delito de que se acusa a ese preso. -"No sé,- contesta el carcelero,- yo no sé en realidad quién es ni de donde vino; pero tiene enemigos formidables. Me han ordenado que su ración sea cada vez más reducida; que llegue hasta un pedacito de pan seco y medio litro de agua al día...No vivirá mucho tiempo..."

Leonor (Fidelio) se desmaya; pero las caricias de Marcelina le vuelven a la realidad. El tío Roque, pesaroso con lo que cuenta, no ha advertido el desmayo de la jóven. Es más: le dice: -"Tú mismo no tendrías valor para verle". Leonor reacciena entonces valientemente, y exclama: -"Yo tendría valor y le ahorraría a usted el dolor de hacerle sufrir todos los días". Vuelve a rascarse la cabeza el carcelero y dice: -"No sé, no sé...Ahora llevaré las cartas al jefe y le pediré permiso para que me acompañes. Al fín y al cabo soy viejo, y alguien tendrá que sustituirme."

Otra vez el patio de la prisión. Se abre la gran portalada del fondo y entran oficiales y guardias armados, que están haciendo el relevo de los centinelas. Con ellos llega el Gobernador de la Prisión, Don Luis Pizarro, que, después de dar órdenes a sus oficiales, se dirige por una escalera a su despacho, seguido por el tío Roque. Ya en el despacho, Pizarro, sentado ante su mesa, pregunta: -"¿Ha ocurrido algo?" Roque mueve la cabeza negati-

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

vamente y le entrega el correo. Pizarro vá abriendo y leyendo cartas. Ante una de ellas su gesto se hace duro. Levanta la vista y ordena al tío Roque: -"Retírate". El carcelero cumple la orden y Pizarro vuelve a leer la carta.

Primer plano de la carta, sostenida por las manos de Pizarro. Dice así:

"Exmo Señor Gobernador de la Prisión de Santi Ponce. Sevilla.
Pongo en conocimiento de V.E. que las prisiones del Estado serán en breve sometidas a una rigurosa inspección. Esta visita no será, pues, una sorpresa para usted. Con toda lealtad se lo advierte un buen amigo. LUIS PONCE."

Cara de preocupación de Pizarro. Habla solo: "No temo a la Inspección: cuando venga, se encontrará ante lo irremediable." De pronto, se detiene y murmura: "¡Debo apresurarme! Cuanto antes." Abre la puerta y dá órdenes a un oficial: -"Mande un corneta a la torre. Cuando vea por la carretera de Sevilla un coche escoltado por varios jinetes, ¡que dé el toque de atención! Espero la mayor exactitud. Su cabeza me responderá de ello."

Se ve al oficial transmitiendo las órdenes recibidas. El tío Roque ha vuelto al despacho de Pizarro. Este le recibe entregándole un bolso con monedas, que extrae de un cajón. El carcelero no oculta su asombro. -"¡Excelencia! ¿Qué pretende de mí?" -"Que matas al hombre del calabozo! ¡Al preso que estoy comprometido a exterminar!". El tío Roque se niega a obedecer: no es ése su deber de carcelero. Pizarro lanza sobre él una mirada fulminante; saca de su mesa un puñal y parece que vá a agredir al viejo. Pero se contiene, envaina el puñal y dice: -"¡Está bien! Seré yo quien lo mate. Bajaré disfrazado al calabozo y, de un golpe, terminaré con él para siempre. Tú, mientras tanto, cavarás la fosa..."

El tío Roque baja preocupadísimo al patio. Fidelio, que le espera anhelante, adivina que algo grave se cierne sobre el preso del calabozo secreto. Hay una escenita tierna a cargo de Marcelina,-interesada por la preocupación de Fidelio,- y de Joaquín, ausente de todo y sólo pendiente de que el tío Roque autorice sus relaciones con la muchacha.

Pero Fidelio, cada vez más inquieto por la suerte de los encarcelados, solicita ahora del tío Roque que deje pasear un poco a los presos por el jardín. El carcelero se resiste, por miedo a Pizarro; pero su hija Marcelina le insinúa que, si Pizarro le ha pedido algún favor, bien puede otorgarle a cambio alguna compensación. El tío Roque consiente al fín, y se marcha al jardín

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Entonces Fidelio y Joaquín abren las puertas de todas las celdas. Ván saliendo los presos; están contentos, agradecidos. Poco menos que, en su fantasía, se consideran libres. Y, poco a poco, ván marchando, como en sueños, hacia el jardín, seguidos por Marcelina y Joaquín. Fidelio vá a seguirles; pero el tío Roque, que ha vuelto al patio, le detiene diciéndole: -"Hablé con el jefe, y me autorizó para que me acompañases al calabozo". Fidelio(o sea, Leonor) por poco se desmaya de la impresión: -"¡Vamos!"

Los dos se ponen en [redacted] marcha hacia los subterráneos de la prisión. Por el camino hablan:

ROQUE.- Es preciso librar a este hombre.

FIDELIO.- ¿Qué dice el señor Pizarro?

ROQUE.- Que cavemos la fosa para enterrarle.

FIDELIO.- (Pálido) ¿Es que ha muerto?

ROQUE.- No. No ha muerto todavía, hijo mío. El se encargará de matarle; y nos ordena que cavemos su sepultura.

FIDELIO.- (Desfalleciendo de nuevo) ¡Oh!...

ROQUE.- Si no tienes valor, yo iré solo.

FIDELIO.- ¡No! Yo quiero ver a ese hombre...¡aunque muera con él!

El tío Roque mira compasivamente a Fidelio (Leonor) y le sostiene por un brazo. En este momento llega Marcelina adonde ambos se encuentran, y dice muy apurada a su padre que Pizarro ha visto a los presos paseando por el jardín, que ha bajado indignado y que pregunta por él. El tío Roque [redacted] corre hacia el jardín, seguido por Marcelina y Fidelio. Pizarro recibe al carcelero ciego de ira:

PIZARRO.- ¿Desde cuándo un mísero criado se permite mandar en esta cárcel?

ROQUE.- (Que se ha repuesto) Yo no mando, señor. Es el santo de nuestro Señor y Rey, y siempre se celebra dejando gozar un poco a estos desgraciados.

PIZARRO.- ¡Pero aquí no manda nadie más que yo!

ROQUE.- (Discretamente al oído de Pizarro) Guardad vuestra ira para el pobre que está agonizando en estos momentos.

PIZARRO.- (Reaccionando) Vete a tu deber y encierra a los presos.

Cambio de escena. Vemos a Florestán, el pobre prisionero, recostado,

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

como se le vió antes,- demacrado y débil,- en su mísero calabozo. En las palabras que, a solas, pronuncia Florestán se refleja la angustia de su corazón. -"Me han dado a beber,- dice,- el cáliz de la amargura, y aún espero mayores tormentos". Ha sido Florestán la víctima de vengenzas políticas;le persigue la crueldad de un Gobernador de Prisión, criminal servidor de un Gobierno apasionado. Florestán delira. En su delirio ve a su esposa Leonor transformada en un ángel. La mira con dulzura, le estrecha las manos y exclama: -"¿Serás tú quien me lleve a la libertad en el reino de los Cielos?" Se ha puesto de pie trabajosamente; y, al terminar su invocación, cae al suelo, presa de la emoción.

Por las escaleras que conducen al calabozo de Florestán bajan Fidelio y el tío Roque; éste, con una jarrita en la mano. Fidelio siente frío...Llegan al calabozo más hondo del subterráneo. El tío Roque abre y encuentra a Florestán caído boca abajo. Fidelio se acerca temerosamente: -"¿Será él?" El tío Roque intenta despertar al preso, pero Florestán no se mueve; y entonces el carcelero obliga a Fidelio a que le ayude, en lugar muy próximo, a cavar entre rocas el enterramiento del preso.

Se suceden rápidas escenas de emoción de los dos cavando la fosa, sin dejar de estar pendientes de Florestán. Este, al fín, vá recobrando el conocimiento y con voz débil exclama: -"Tengo sed". Cuando Leonor acude rápidamente a dar de beber a Florestán le reconoce y cae desmayada en sus brazos. Pero Florestán no se ha dado cuenta de que aquel muchacho es su propia esposa. Sin embargo, la mira fijamente y pregunta al tío Roque: -"Este, ¿quién es?" El carcelero contesta con naturalidad: -"Mi ayudante y, dentro de pocos días, mi yerno" Leonor dá de comer a Florestán del pan que traía. El preso acaricia sus manos; y ella, que está varias veces a punto de descubrirle quién es, se contiene para no aumentar la angustia del preso, próximo ya a una muerte inexorable.

Pero el deber es el deber; y el tío Roque sale del calabozo para anunciar a Pizarro, con un agudo silbido, que ya está todo dispuesto para que él consume el asesinato. Florestán, que devoraba el pan, pregunta a Fidelio al oir el silbido: -"¿Es el presagio de mi muerte?" Aparece en el calabozo Pizarro, torpemente disfrazado, dispuesto a consumar su crímen. Es una escena de una

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

violencia extraordinaria. Por dos veces intenta Pizarro alcanzar con su puñal el débil cuerpo de Florestán; y por dos veces se encuentra con la heroica arrogancia de Fidelio, que se interpone y libra a Florestán de la muerte. Cuando Pizarro se asombra de este heroismo ella exclama: -"Para matarle a él, ¡primero has de matar a su mujer! ¡Su esposa en la vida y en la muerte!" Entonces Florestán se dá cuenta de que tiene a su lado a Leonor. Como si una nube se descorriese ante su mirada apagada, ve claro en el momento de su mayor peligro. Ambos,- marido y mujer,- se abrazan con frenesí, ajenos a la amenaza del obstinado Pizarro, que grita iracundo: -"¡Daré muerte a los dos!" Y cuando vá a intentar otro ataque, y Leonor, para defenderse, saca una pistola con la que apunta a Pizarro, suena en lo alto de la torre la trompeta que anuncia la llegada del Ministro del Rey con su comitiva.

Pizarro queda confuso. No sabe qué hacer. Pero no le dán tiempo para la reflexión: por las escaleras llegan con antorchas, guiados por Joaquín, soldados y oficiales que le ordenan subir al patio. Sin disimular su iracundia, ha de obedecer, y se vá entre los soldados escaleras arriba seguido del tío Roque, que no cabe en sí de gozo.

Florestán y Leonor quedan sentados sobre una piedra del calabozo, embriagados de felicidad. Ella explica en brevísimas palabras todo lo que ha hecho hasta dar con el paradero de él. Florestán la abraza; ella le cuida y besa...El tío Roque vuelve, como loco, a decir a Florestán que está en libertad y que el Ministro quiere saludarle. Se ván abriendo las puertas de todas las celdas y ván apareciendo emocionados todos los prisioneros.

En la plaza de la prisión,- antiguo castillo,- con la estátua del Rey Carlos III en el centro, aparecen el Ministro Don Fernando de Céspedes, el Gobernador Pizarro, guardias y soldados formados, Marcelina y Joaquín, y los prisioneros que, según ván llegando, se arrodillan ante el Ministro en señal de gratitud.

Llega el tío Roque, tras del cual ván Florestán y Leonor. Al verlos, Pizarro intenta cortarles el paso; pero el Ministro, que se dá cuenta, avanza y dice con autoridad: -"¡Hablad!" El tío Roque entonces empuja suavemente a Florestán. El Ministro mira a éste con sorpresa: -"¿Vos? ¡Mi querido amigo! ¿Con cadenas y pálido como la muerte? No se sabía de vos...¿Resucitado?" El

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

tío Roque presenta a Leonor al Ministro: -"Aunque no lo parezca, la marquesa del Guadalquivir." El Ministro, perplejo, insiste en su pregunta: -"Pero, ¿qué ha ocurrido aquí?" Leonor entonces, con toda dignidad, declara: -"Mi marido fué [redacted] perseguido por su amistad con Ensenada. Si no hubiera sido por vuestra llegada, este tirano de Pizarro hubiese conseguido su siniestro propósito de matarle". Un "¡Muera Pizarro!" acoge estas palabras. Este intenta hablar, pero el Ministro manda que le quiten el puñal y la espada y ordena a sus soldados: -"Llevadle al mismo calabozo donde sufría este caballero."

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

Y volviéndose al tío Roque, le ordena: -"Ahora, quitad a mi amigo las cadenas. El tío Roque vá a hacerlo. Pero el Ministro agrega: -"Será mejor que sea esta noble señora quien liberte al esposo amado". El carcelero entrega las llaves de las cadenas a Leonor, y ésta liberta los pies de Florestán. El pueblo grita de alegría. Florestán agradece a todos su júbilo y ruega, con un gesto, que le escuchen. "Gloria,- dice,- al ejemplo de esta excepcional esposa que quiso darme el Cielo. Así la vida humana se desliza entre penas y alegrías. Ya véis: ahora, en el firmamento, hasta los astros deben de envidiarme, porque para mí han vuelto, después de tantas angustias, los tiempos de amores y risas, flores y besos". Florestán, con entusiasmo, abraza a Leonor, mientras que todos los presentes les vitorean.

Semanas después se celebra, con toda pompa, la entrada de Don Florestán Monteflorido, marqués del Guadalquivir, en Sevilla. Se ve, en la Casa Consistorial, a las autoridades con el Ministro. Al llegar al frente al Ayuntamiento el coche que conduce [redacted] a Leonor y Florestán todo el mundo aplaude. El lacayo del coche es Trapillo, que en Sevilla se ha incorporado a la servidumbre de los marqueses. El coche se detiene. Los marqueses entran en el Ayuntamiento, en cuyo gran comedor les espera magnífico banquete; pero suenan los acordes de una música solemne. Es una procesión que pasa por la calle. Los balcones de la Casa Consistorial se abren: todos acuden al balcón central; y allí Leonor y Florestán, con el Ministro y las autoridades, se prosternan ante la Vírgen que pasa, en acción de gracias por la salvación de Florestán.

Vítores, flores, palomas...Trapillo, solo ante la mesa donde hay colocados

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

varios platos de dulce, come golosamente algunas piezas...y se guarda algunas en el bolsillo.

La alegría es general.

FIN DEL GUION DE

"L A A V E N T U R A D E F I D E L I O"

= = = = = = = = =

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.